

viril se hallaban delicadeza y sensibilidad exquisitas, mezcladas con tal y tanta benevolencia, que sólo puede tomarse de las fuentes divinas. La bondad en Vianney, igualmente que su cortesía, procedían del completo olvido de sí mismo, del absoluto anonadamiento de su persona, ó, hablando más claramente, de su profunda humildad. Las almas humildes son las únicas que verdaderamente aman, y las únicas que reciben y comunican irradiaciones de la Bondad soberana.

La del Párroco de Ars era superior á todo elogio: él era bueno en la más alta y popular acepción de la palabra, y lo era naturalmente. Si se hubiese exprimido su corazón como se exprime la esponja, no saldría de él una sola gota de amargura. Era bueno para todos, y siempre; pero lo era de un modo particular para los pobres é indigentes, para los ignorantes y pecadores. Estas son las cuatro grandes miserias del alma y del cuerpo, que él abrazaba en un solo sentimiento de conmiseración y generosa simpatía, pues era pródigo de gracias y atenciones para con el más infeliz de los mendigos que se le aproximase.

Vianney no recibía sino para dar: ésta era su pasión dominante. Los objetos piadosos que le regalaban (única cosa para él apreciable), no hacían más que pasar por sus manos. Se desprendía de ellos en favor de cualquiera á quien creyese convenían ó pudieran ser agradables. Muchas veces, mostrando un precioso relicario, una rica cruz de oro ó un buen cuadro, nos decía: «Esto lo guardo para mí.» Llegaba alguno á quien creía fuesen convenientes aquellos objetos, y no podía resistir á la tentación de privarse de ellos. Se desnudaba con gusto por vestir á los demás.



CAPÍTULO IV

Virtudes del Párroco de Ars. — Su fe. — Su esperanza. — Su amor á Nuestro Señor Jesucristo. — Su devoción á la Santísima Virgen y á los Santos.

EL Párroco de Ars había recibido el dón de la fe en grado muy eminente. Derramaba el Espíritu Santo en el fondo de su alma una luz tan clara, que veía las cosas divinas con gran certeza, gusto y suavidad, y le causaban ardores interiores, raptos y éxtasis, precisando al espíritu á asentir gratísimamente á las verdades propuestas. Su íntima unión con Dios le hacía en cierto modo sensibles y palpables esas verdades. Lo que nosotros percibimos á lo lejos, confusamente, á través de una nube y en enigma, él parecía verlo claramente con mirada fija y directa.

La fe del Párroco de Ars era el móvil principal de su vida, y toda su ciencia; la fe se lo explicaba todo, y él lo explicaba todo por la fe. Atraído por esas sagradas y luminosas tinieblas, en las cuales sabía que el espíritu halla á Dios, perdiéndose á sí mismo, su inteligencia se aumentaba de día en día, y con ella su fe, que era suficiente, como decía cierto sacerdote al salir de su Catecismo, para enriquecer una diócesis. «Gran dicha es—decía el venerable—

»contemplar á Dios; pero nuestra fe dista millares de
 »leguas de su objeto, tendiendo á Dios, como si estu-
 »viese al otro lado de los mares. Si poseyéramos una
 »fe viva, penetrante como la de los Santos, como
 »ellos veríamos á Nuestro Señor. Sacerdotes hay que
 »le ven todos los días en la Misa.»

«Los que no creen, tienen el alma mucho más
 »ciega que los que carecen de vista. Estamos en este
 »mundo envueltos por densa niebla; la fe es el viento
 »que la disipa y hace lucir sobre nuestra alma un
 »bello día. Ved lo que pasa entre los protestantes:
 »todo es triste y frío como un largo invierno. Entre
 »nosotros todo es alegre, gozoso y consolador.»

Tan viva era la fe del Párroco do Ars, que pare-
 cía ver las cosas invisibles. Al predicar desde el
 altar, estaba tan impresionado por la presencia real
 de Nuestro Señor y por la proximidad de la Divina
 Eucaristía, que perdía casi la respiración y la voz.
 Su emoción era visible, y por más esfuerzos que
 hacía para hablar de otra cosa, venía siempre á
 recaer en el grande objeto de su amor; y en los Cate-
 cismos siempre hablaba del Santísimo Sacramento.
 En tales casos, el amor le daba fuerzas y le hacía
 olvidar su debilidad. «Si amaseis á Nuestro Señor—
 »nos decía un día,—tendríais siempre fijo vuestro
 »espíritu sobre ese brillante Tabernáculo, que es la
 »casa de Dios. Cuando vais de camino y veis un
 »campanario, esa vista debe hacer latir vuestro cora-
 »zón, como la vista de la casa donde mora el esposo
 »hace latir el corazón de la esposa.»

¿Y qué diremos de su esperanza y de sus deseos
 del Cielo? Aunque retenido por los lazos del cuerpo, el
 Párroco de Ars estaba unido á Dios, como esas puras

inteligencias que brillan siempre ante Él con luz de
 caridad eterna. Habló muchas veces de escribir un
 libro sobre las *delicias de la muerte*. Mientras los
 demás necesitaban todas las fuerzas para resignarse á
 morir, él necesitaba las suyas para resignarse á vivir.

Las comparaciones más graciosas que hacía en
 sus Catecismos, se referían á ese deseo del Cielo.
 Servíase frecuentemente de la de la golondrina, que
 apenas toca la tierra y casi nunca posa en ella; de la
 de la llama, que tiende siempre á lo alto; y de la del
 globo, que se eleva por el aire al romperse la cuerda
 que le sujeta á la tierra.

«El corazón—decía—se inclina á lo que más ama:
 »el orgulloso hacia los honores, el avaro hacia las
 »riquezas, el impúdico á sus deshonestos placeres;
 »mas el buen cristiano ¿en qué piensa? ¿De qué lado
 »se inclina su corazón? Del lado del Cielo, donde está
 »su Dios, que es su tesoro.

»Cuando se piensa en el Cielo, se olvida la tierra.
 »Después que Santa Teresa descubrió el Cielo, no
 »podía ver las cosas de la tierra; y cuando se la mos-
 »traba un objeto bello, decía: «Eso es nada, es un
 »poco de lodo.»

»En el Cielo estará nuestro corazón tan embria-
 »gado con la felicidad de amar á Dios, que no podre-
 »mos ocuparnos de nosotros ni de nadie, sino de Dios
 »solo. Un buen cristiano debe estar con pena en este
 »mundo, y languidecer sobre la tierra. Si un niño es-
 »tuviese en la iglesia y su madre subiese á la tribu-
 »na, él levantaría sus manecitas y, si no podía subir
 »la escalera, pediría auxilio y no descansaría hasta
 »que estuviese en los brazos de su madre.

»Cuando se preguntaba á Santa Teresa lo que ha-

»bía visto en el Cielo, exclamaba: «¡He visto!... ¡He visto!!... ¡He visto!!!» Y no acertaba á decir más, »porque le faltaban la palabra y la respiración.

»San Agustín dice que «quien teme la muerte no ama á Dios,» y es verdad. Si estáis separado de »vuestro padre por mucho tiempo, ¿no desearéis volverle á ver?»

Hablando cierto día del Cielo, donde veremos á Dios tal cual es, exclamaba en uno de los transportes de amor que le eran frecuentes, derramando lágrimas: «Entonces diremos al Señor:—Dios mío, os veo, »os poseo: no os dejaré ya jamás, jamás.»

En otra ocasión, después de una bellísima instrucción sobre el Cielo, le preguntaron qué cosa era necesaria para conseguir la magnífica recompensa de la cual les había hablado, y les respondió: *Amigos míos, la gracia y la cruz.*

Para dar idea de su amor á Nuestro Señor Jesucristo, sería preciso describir lo que puede concentrarse en el alma humana, elevada por la gracia, de más ardiente, de más enérgico, de más dulce y de más fuerte y generoso. Todas las facultades de su alma, todas las luces de su corazón, toda la energía de su voluntad, estaban al servicio de ese sentimiento supremo. Jesucristo era su vida, su cielo, su presente, su porvenir, y la adorable Eucaristía el único lenitivo proporcionado á la sed que le consumía. No podía menos de pensar en Jesucristo, de aspirar á Jesucristo, de hablar de Jesucristo; mas no eran palabras, eran llamas las que salían de su corazón y de su boca: y con tal unción pronunciaba el dulce nombre de Jesús, que parecía comunicar el fuego de su corazón al de todos sus oyentes.

Lo que mejor conservaba en la memoria de todas sus lecturas, y lo recordaba con frecuencia en sus discursos, eran las palabras llenas de fuego con que los Santos y Santas manifestaban el amor que tenían á Jesucristo. De continuo recordaba éstas de Nuestro Señor á Santa Teresa: «Espero el día del Juicio para »manifestar á los hombres cuánto me has amado.— »Cuando los hombres se olviden de mí, vendré á »ocultarme en tu corazón.» Siempre que repetía estas palabras, derramaba lágrimas.

También refería, con grande afecto, éstas de Santa Coleta á Nuestro Señor: «Mi dulce Maestro, yo quisiera amaros mucho más, pero mi corazón es demasiado pequeño.» En el mismo momento vió bajar un gran corazón inflamado de amor, y oyó una voz que le dijo: «Ámame cuanto quieras;» y su alma fué inundada de amor.

»¡Oh buen Jesús! exclamaba muchas veces con los »ojos llenos de lágrimas el santo Párroco: ¡conoceros »es amaros!... Si supiésemos cuánto nos ama Jesús, »moriríamos de placer. No creo que haya corazones »tan duros que dejen de amar á quien les ama con »inefable y eterno amor. ¡Oh cuán bella es la caridad! Es una emanación del Corazón de Jesús, que »es todo amor. La única felicidad que tenemos sobre »la tierra es amar á Dios y saber que Él nos ama.— »Yo creo, decía alguna vez con tristeza, que habrá »muy pocas obras dignas de recompensa; porque, debiendo hacerlas por amor de Dios, las hacemos por »hábito, por rutina ó por amor propio. ¡Qué compasión!

»¡Pobres pecadores! ¡Cuánto sufre mi alma al pensar que muchos de esos infortunados morirán sin

»haber tenido la dicha de amar á Dios por una sola
 »hora! Cuando nos cansemos en nuestros ejercicios de
 »piedad, y la comunicación con Dios nos produzca
 »tedio, aproximémonos á la puerta del Infierno, y
 »consideremos que aquellos pobres condenados no
 »pueden ya amar á Dios.

»Si nos condenásemos sin hacer sufrir á Nuestro
 »Señor, menos mal sería; pero eso no puede ser.»

El santo Párroco de Ars terminaba muchas veces
 su Catecismo con estas palabras: «Ser amado de Dios,
 »estar unido á Dios, vivir en presencia de Dios, vi-
 »vir para Dios. ¡Oh vida feliz! ¡Oh dulce muerte!»

Cierto día que oyó cantar en el patio de su casa
 á unas avecillas, levantó los ojos al Cielo, y exclamó
 suspirando: «¡Pobres avecillas! ¡Vosotras habéis sido
 »criadas para cantar, y cantáis! El hombre ha sido
 »criado para amar á Dios, y no le ama. ¡Qué dolor!»

Respecto á las devociones, recomendaba tres prin-
 cipalmente: la devoción á la Pasión de Jesucristo y
 al Sacramento de su amor, la devoción á la Santí-
 sima Virgen y la devoción á las almas del Purgato-
 rio. Decía, con San Bernardo, que no tener devoción
 al cuerpo y sangre de Jesucristo era señal de repro-
 bación. Y también:

«La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo es como
 »un gran río, que baja de alta montaña y no se agota
 »jamás.»

No es posible dar una idea de la devoción que el
 Párroco de Ars tenía al Santísimo Sacramento del Al-
 tar; le invocaba bajo los nombres más dulces y tier-
 nos, é inventaba expresiones nuevas para hablar dig-
 namente de él; era su objeto favorito, y en sus Cate-
 cismos le recordaba sin cesar. Entonces su corazón

se derretía en reconocimiento y en amor; su frente se
 iluminaba; sus ojos despedían lumbre; su alma santa
 se derramaba en los corazones de sus oyentes, y las
 lágrimas ahogaban su voz.

«¡Oh, hijos míos! exclamaba. ¿Qué hace nuestro
 »Señor en el Sacramento del amor? Ha puesto allí su
 »dulce Corazón para amarnos, y de este Corazón
 »adorable salen irradiaciones de ternura y misericor-
 »dia, que curan los pecados del mundo.»

Llamaba á la santa Comunión baño de amor.
 «Cuando se comulga, decía, el alma se sumerge en
 »el amor, como las abejas en las flores.»

Refería con inefable placer lo que se cuenta de
 San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús,
 cuando conversaban juntos y muy alegremente de la
 Comunión. *El amor de Nuestro Señor* (decía), *pasando*
del uno á la otra, hacía desfallecer su corazón, hasta
el punto de que San Juan de la Cruz y Santa Teresa
caían como ahogados en bálsamo de amor.

Cuando el venerable Vianney anunciaba la proce-
 sión del Corpus y las bendiciones de la Octava, pare-
 cía que su corazón rebosaba en amor y ternura para
 con ese divino Sacramento. «¡Oh, hijos míos! decía,
 »en nuestras manos está el conseguir esta semana
 »todo cuanto queramos. ¡Dos veces cada día nos va á
 »bendecir el Señor! ¡Oh, Dios mio, qué compasión!
 »¿Por qué no estamos todos penetrados de vuestra
 »presencia? Hijos míos, cuando recorráis el camino
 »que ha seguido la procesión, podréis decir: *Nuestro*
 »*amantísimo Dios ha pasado por aquí.*»

En las Cuarenta Horas del año 1857 habló de la
 adorable Eucaristía con labios que el carbón del Pro-
 feta parecía haber purificado, y su lenguaje era como

divino. En los Catecismos (palabras textuales), *su corazón se derramaba por todas partes, y fluían de él raudales de amor que á todos nos inundaban.*

La admirable devoción que el Párroco de Ars tenía al Santísimo Sacramento se notaba en el profundo recogimiento con que leía el Oficio Divino, de rodillas y sin apoyo alguno, ante el Tabernáculo. Frecuentemente hacía pausas, y miraba hacia donde estaba Jesús, con alegría tan inefable, que parecía ver á Nuestro Señor. Sorprendiéndole cierto día uno de sus compañeros en esa actitud, quedó turbado, y dijo: «Creo llegará tiempo en que el Párroco de »Ars viva sólo de la Eucaristía.»

La opinión de que el Párroco de Ars descubría á Nuestro Señor en el altar, que le veía con sus ojos y *le reconocía en la fracción del pan*, era común á todos los que tuvieron la dicha de asistir á su Misa. No es posible contemplar una figura que mejor manifestase la adoración, y que iluminase más con la vivísima acción del Espíritu Santo. Se hubiera dicho que venía á él un rayo de la gloria divina. El corazón, el espíritu, el alma y los sentidos parecían igualmente absortos; y lo estaban, en efecto, pues difícilmente se descubría señal alguna de distracción. En medio de la multitud que tenía fija en él su mirada, comunicaba con Nuestro Señor tan libremente como si estuviera en la soledad de su pobre habitación. Derramaba allí lágrimas de amor, y rociaba los pies divinos con tanta abundancia, que de ordinario duraban hasta terminar el Santo Sacrificio.

No era ligero ni pesado en el altar; atendía más bien á la utilidad de todos que al gusto de su piedad. «Ayudándole á Misa—dice un peregrino—tuve oca-

»sión de notar el momento en que se detenía más que «los demás sacerdotes: era antes de la comunión. «Cuando terminaba las oraciones litúrgicas, había «un coloquio misterioso, aunque no sensible, entre «Nuestro Señor y su siervo.»

El Párroco de Ars había recibido en grado eminente la gracia de oración. Su alma estaba más unida á Dios que á su cuerpo. Si deseaba la soledad, era únicamente para consagrar el corazón y todas sus facultades á esa conversación interior, que realiza de algún modo la vida del Cielo en la tierra. En medio de los más grandes trabajos no se dispensaba de la santa contemplación, permaneciendo siempre en la presencia de Dios, y mirándole con amorosa ternura en todas las criaturas. Su espíritu, libre de los vapores que oscurecen la inteligencia y la quitan su lucidez, recibía, en lugar de las nociones limitadas é incompletas de la ciencia humana, luces trascendentales que le permitían comprender la relación de las cosas con el Criador, y su destino en el orden admirable de sus designios. De esa penetración luminosa de los secretos del Cielo resultaban para él otros muchos privilegios, propios del estado beatífico que gozan los Santos en el Cielo. Engolfado en esa contemplación continua, que transportaba su pensamiento á una región superior á la tierra, no se servía de los sentidos, purificados por la divina gracia, sino para la práctica de las virtudes.

Su voluntad tendía siempre hacia el Bien supremo; pero la acción quedaba encerrada en el santuario invisible de su alma. Ningún signo revelaba ordinariamente las operaciones de la gracia, á no ser un exterior piadoso y recogido, signo de gran concen-

tración interior, pero siempre exenta de toda afectación y exageración. El Párroco de Ars no tenía más que un pensamiento, uno solo, pero ardiente, generoso, infatigable: ¡amar y hacer amar á Dios!... ¡Dios y nada más que Dios!... ¡Dios siempre!... ¡Dios en todas partes, y en todo Dios! Toda la vida del Párroco de Ars está contenida en eso. ¡Treinta años de esa sublime monotonía! ¡Siempre la tarea de Dios! ¡Jamás un momento de tregua!

El amor de Dios producía en él otro amor menos comprendido, pero que, en corazones verdaderamente católicos, nace infaliblemente el primero: tal es el amor á la Iglesia, esa Madre tan venerable y tan querida de los hijos de Dios, la Esposa amada de Nuestro Señor, adquirida con su sangre, que ha salido de sus llagas, y en la cual sobrevive para nosotros por su verdad, por su palabra, por su gracia y por sus Sacramentos. Ese amor encerraba implícitamente todo lo que la Iglesia, representada por su Cabeza, ama, acepta y propone. No se le podía hablar de Roma sin que saltase su corazón de alegría, derramase lágrimas y manifestase el sentimiento que tenía de morir antes de ver la patria de las almas, el relicario del mundo y el sepulcro de los Apóstoles y mártires.

La piedad del Párroco de Ars le hacía proporcionarse todo lo que de cerca ó de lejos se refería al culto y á la gloria de Dios. El más pequeño objeto era para él querido y sagrado, si tenía una significación devota. Amaba las imágenes, las cruces, los escapularios, medallas, rosarios, el agua bendita, los sacramentales, las Congregaciones religiosas, y sobre todo las reliquias, de las cuales tenía llena su iglesia, su capilla de la *Providencia* y su habitación.

Le hemos oído decir, gozoso y lleno de satisfacción, que tal vez poseía más de quinientas.

De la palabra de Dios no se saciaba, y la quería para él y para las almas confiadas á su solicitud pastoral: asistía á los sermones siempre que podía y estaba en ellos con la más religiosa atención, sin distraerse jamás. No se negaba en determinados casos á juzgar sobre este ó el otro predicador, y emitía su juicio con mucha madurez, haciendo notar las buenas cualidades y olvidando los defectos. Preciado á emitirle sobre dos misioneros, el uno muy sólido y el otro más brillante, dijo: «El primero nos lleva al Cielo haciéndonos pasar por un puente de piedra, y el segundo por un puente de flores.»

Después de los misioneros, los religiosos eran el objeto de su predilección; los consideraba como la gloria y el más bello adorno de la Iglesia: los amaba sobre todo encarecimiento, y gustaba de estar con ellos hablando de Dios y de las cosas celestiales. Para él, que consideraba la tierra como un destierro, el religioso le traía noticias del país y de la casa paterna. Por lo demás, Vianney respetaba y amaba á sus compañeros, y, cuando iban á Ars, les dispensaba todo género de atenciones.

En cuanto á las prácticas particulares de devoción, el santo Párroco respetaba todas las que están admitidas por la Iglesia, y las recomendaba de un modo particular. Él era de la V. O. T. de San Francisco y de muchas Hermandades.

Tenía gusto especial en rezar el Oficio Divino, en unión con Nuestro Señor; y para facilitar esta unión se había propuesto recordar en cada Hora canónica uno de los misterios de la Pasión, en la forma

siguiente: á Maitines honraba la agonía de Jesús en el Jardín de los Olivos; á Laudes, el sudor de sangre; á Prima, la sentencia de muerte; á Tercia, el camino de la Cruz; á Sexta, su crucifixión; á Nona, su muerte; á Vísperas, el descendimiento de la Cruz; y á Completas, su sepulcro.

Saboreaba con delicia los Salmos penitenciales, y decía: «Cuando considero esas bellas oraciones, tentado estoy á exclamar: *¡Feliz culpa!* Porque si David no hubiese tenido que llorar sus pecados, no las hubiera escrito.»

Para sostener y dirigir su intención durante la semana, se proponía el domingo adorar á la Santísima Trinidad. El lunes, invocar al Espíritu Santo, á fin de emplear bien el tiempo para gloria de Dios y salvación de las almas. En este día oraba también por las almas del Purgatorio, y ofrecía en su alivio todos sus méritos. El martes le consagraba á los ángeles custodios: daba gracias á Dios por haber concedido á esos espíritus un amor tan ardiente de su gloria, una prontitud tan grande para ejecutar sus órdenes, tan gran fidelidad en la prueba, y tanta benevolencia para con los hombres. El miércoles le ocupaba en alabar á todos los bienaventurados. El jueves era el día de la Eucaristía. El viernes honraba la Pasión de Nuestro Señor, y el sábado le consagraba á la Santísima Virgen, dando gracias á Dios por las prerrogativas y excelencias con que se había dignado enaltecerla, y por haberla dado un corazón tan misericordioso para con los pobres pecadores.

Tenía una devoción especial á la Santísima Virgen. Celebraba la Misa en su altar con la frecuencia que podía, y el sábado jamás dejó de hacerlo: todos

los días rezaba la Salve en acción de gracias por los favores que había recibido de su mano. Todas las noches, á la oración del *Angelus*, rezaba desde el púlpito el Rosario de la Purísima Concepción, de cuyo misterio era muy devoto. Estableció una Asociación en honor de María, cuya práctica fundamental consistía en rezar el Avemaria, con algunas jaculatorias, siempre que daba la hora. Para facilitar esta práctica á sus parroquianos, hizo colocar en el campanario un gran reloj, que se oía en toda la población.

No perdonó medio para promover el culto de María. Antes de la peregrinación ya se celebraban con mucha solemnidad y gran concurso de pueblo sus fiestas principales. Esta animación religiosa, fruto del ejemplo del santo Párroco, fué siempre en aumento; y nunca había más forasteros en Ars que en los días consagrados al culto de la Madre de Dios.

El Corazón de la Santísima Virgen era el refugio del Párroco de Ars en todas sus penas, y el arsenal que le proveía de todas las armas necesarias para combatir al Infierno. Su gran práctica era aconsejar una Novena al Purísimo Corazón de María. «Tantas veces he recurrido, decía, á esa fuente, que hace mucho tiempo se hubiera agotado, si no fuese inagotable.

«Tan ardiente es para nosotros el Corazón de María, que los de todas las madres juntos, comparados con él, son como un pedazo de hielo.

«Creo que al fin del mundo quedará la Santísima Virgen en paz y sosiego; pero, mientras dure el mundo, será invocada y se tirará de su manto en todas direcciones. Es como una madre que tiene muchos hijos: está continuamente ocupada en ir del

«uno al otro. Es también más bondadosa que la mejor de las madres, porque la mejor de las madres castiga algunas veces á su hijo: mas la Santísima Virgen es tan buena, que nos trata siempre con amor, y jamás nos castiga. El Hijo es movido á veces por la justicia, pero la Madre no tiene más que amor.»

El Beato Vianney daba gracias continuamente á Dios Padre porque había hecho á la Santísima Virgen tan excelsa, tan bella, tan buena y de un corazón tan abrasado de amor para con Él. Bendecía al Hijo por haber querido que fuese concebida sin pecado original, y felicitaba al Espíritu Santo por la gloria que le resulta de la pureza inmaculada de su Santa Esposa.

Los Santos eran para el Párroco de Ars verdaderos amigos, en cuya sociedad vivía con el espíritu y con el corazón: les llamaba sus cónsules. Tenía una verdadera pasión por sus imágenes, y creía que el mejor y más bello presente que podía hacersele era el de una reliquia. Hablar de los Santos era para él colmo de alegría, y, cuando entraba en tal materia, era interminable. Los rasgos más salientes, los episodios, los detalles encantadores y originales, y las circunstancias más minuciosas de su vida, acudían á su memoria con abundancia y precisión admirables. No se cansaba de narrar, ni los oyentes de oírle.

Ya hemos dicho la parte preferente que el Párroco de Ars había dado en su culto y veneración á Santa Filomena. Desde el principio respondió la amada Santa al fervor de su servidor; pero los corazones de ambos fueron uniéndose más y más, hasta el punto de que en los últimos años había entre ellos, no una relación lejana, sino un comercio inmediato y directo;

y desde entonces el santo Párroco tuvo dulcísima y muy íntima familiaridad con la Bienaventurada. De una parte había incesante invocación, y de la otra asistencia sensible y una especie de presencia real.

Los Santos de quienes el Párroco de Ars hacía mayores elogios en sus explicaciones, eran aquellos que más habían sufrido, trabajando y amando á Jesucristo. Después de San José, San Juan Bautista, San Juan Evangelista y los Santos Apóstoles, los Santos que más invocaba eran San Francisco de Asís, San Francisco de Regis, San Estanislao de Kostka, San Nicolás de Tolentino, Santa Coleta, Santa Catalina de Sena y Santa Teresa de Jesús. Admiraba sobre todo al Seráfico Padre San Francisco, por el espíritu de amor y sacrificio de que estaba inflamado, y por haber emprendido la heroica empresa de dar un esposo á la *divina pobreza, que quedó viuda después de la muerte de Jesús*. También hablaba con grande admiración de Santa Clara, otra amante de la Cruz y de la santa pobreza; y tan modesta, que sólo una vez en toda su vida se la vió levantar el velo para pedir al Papa su bendición, y sólo entonces se descubrió el color de sus ojos.

Ya hemos indicado que el Párroco de Ars tenía especial devoción á las ánimas del Purgatorio. Todas las empresas que tenían por objeto consolar á esas almas tan queridas de Dios, hallaban en él un activo cooperador. Como Santo Domingo, de quien se dice que hacía tres partes de su sangre, él hacía en su mente tres partes de sus trabajos, de sus sufrimientos y de sus lágrimas: la primera para sus pecados, la segunda para los pecados de los vivos, y la tercera para los pecados de los muertos.